



Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica

Publicación Semestral, EISSN: 2215-2628

Volumen 51 - Número especial, 2025

---

## Metáforas del paisaje marino en la *Iliada*: Ejemplos y sentidos

*Minor Herrera Valenciano*

Herrera Valenciano, M. (2025). Metáforas del paisaje marino en la *Iliada*: Ejemplos y sentidos. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 51(Especial), ewp0kns36. <https://doi.org/10.15517/wp0kns36>



Doi: <https://doi.org/10.15517/wp0kns36>  
URL: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/index>

## El paisaje en la Antigüedad india, griega y romana

# Metáforas del paisaje marino en la *Iliada*: Ejemplos y sentidos

## Seascape Metaphors in the *Iliad*: Examples and Meanings

Minor Herrera Valenciano

Universidad de Costa Rica, Sede de Occidente, Alajuela, Costa Rica

[minor.herreravalenciano@ucr.ac.cr](mailto:minor.herreravalenciano@ucr.ac.cr)

<https://orcid.org/0000-0003-0502-6763>

DOI: <https://doi.org/10.15517/wp0kns36>

Recepción: 15-07-2024

Aprobación: 15-08-2025

### RESUMEN

Este artículo analiza las metáforas del paisaje marino en la *Iliada* de Homero como paisaje cultural, a la vez que se determinan sus funciones y significados en el devenir de las acciones expuestas en el poema. Se analizan cuatro aspectos clave: el mar como fuerza divina, metáfora emocional, símbolo de poder y representación de la muerte. El objetivo es demostrar cómo estas metáforas enriquecen la narrativa al transmitir emociones y reflexiones filosóficas o expresiones psicológicas. Además, se destaca la habilidad de Homero para utilizar la naturaleza voluble del paisaje marino como componente narrativo para añadir profundidad a la obra y ofrecer perspectivas sobre temas universales como la muerte, la angustia o el olvido.

**Palabras clave:** Homero, *Iliada*, metáforas marinas, épica, mar, paisaje cultural.

### ABSTRACT

This article analyzes the metaphors of the seascape in Homer's *Iliad* as a cultural landscape, while determining its functions and meanings in the future of the actions exposed in the poem. Four key aspects are analyzed: the sea as a divine force, emotional metaphor, symbol of power and representation of death. The objective is to demonstrate how these metaphors enrich the narrative by transmitting emotions and philosophical reflections or psychological expressions. Furthermore, Homer's ability to use the fickle nature of the seascape as a narrative component is highlighted to add depth to the work and offer perspectives on universal themes such as death, anguish or oblivion.

**Keywords:** Homer, *Iliad*, marine metaphors, epic, sea, cultural landscape.

## 1. Introducción

La *Iliada*, texto que se ha mantenido vigente al paso de los siglos como un monumento literario de la Grecia antigua, sigue aportando gran cantidad de información sobre la manera en la que los griegos concebían su interacción con el mundo que los rodeaba y, por esto, ha trascendido su caracterización común como un relato que conjunta batallas y héroes para revelar nuevos caminos de análisis como,

por ejemplo, el que se propone en el presente trabajo, el cual aborda el paisaje marino como metáfora y sus sentidos en relación con algunos personajes y momentos específicos del texto<sup>1</sup>.

El análisis se sustenta en la identificación de patrones metafóricos, usos simbólicos del paisaje y su articulación con emociones, acciones o decisiones de los personajes. Este trabajo adopta un enfoque hermenéutico, centrado en el análisis textual, simbólico y contextual de la *Iliada* de Homero. La selección de pasajes se realizó atendiendo a la recurrencia de imágenes asociadas al mar y otros elementos acuáticos, especialmente aquellos que presentan un valor expresivo más allá de lo literal, ya sea mediante epítetos, símiles, metáforas o descripciones narrativas. Se privilegiaron fragmentos en los que el mar adquiere un rol activo en la acción o en la configuración emocional de los personajes, con especial atención a aquellos en los que intervienen dioses relacionados con el ámbito marino (como Poseidón o Tetis).

En el corpus homérico, los elementos naturales que componen el paisaje adquieren una relevancia especial y, entre los que más llaman la atención, se encuentra el mar, destacado por su vastedad y enigmática presencia. Este hecho se refuerza debido a la geografía singular de la antigua Grecia, con sus intrincadas costas, su gran cantidad de islas y su ubicación en medio del cruce de múltiples vías marítimas. Todo esto forjó una relación inseparable entre los griegos y el mar (Boardman, 1986<sup>2</sup>), lo que hizo posible que este último fuese un recurso ampliamente utilizado entre los aedos, quienes lo presentarían como marco escénico de muchas de sus creaciones, pero que terminaría sirviendo para mucho más que solo eso.

Al respecto, Beaulieu (2016) sostiene que, para quienes habitan las islas o las costas, su importancia va más allá de lo meramente geográfico, pues se integra plenamente en su modo de vida. Esto era aún más evidente en la época antigua, cuando los griegos, reputados por su pericia náutica, sostenían pesquerías desde tiempos remotos y dependían del mar no solo para obtener alimentos y desplazarse, sino también para mantenerse informados, librar batallas, intercambiar productos y organizar su vida política y científica.

Asimismo, en el ámbito religioso, el mar también ocupaba un lugar relevante. Se utilizaba agua salada en rituales de purificación, muchos cultos se celebraban en la orilla y ciertas fiestas exigían arrojar ofrendas al agua. La propia navegación estaba rodeada de celebraciones y prácticas específicas. Con ello, el mar se convertía en un factor transversal en la existencia cotidiana de la Grecia antigua.

De esta manera, desde sus impactos en la economía, la religión y la psicología humana, la representación del paisaje marino en la *Iliada* es un estudio en sí mismo sobre el vínculo entre el ser humano y su entorno, sus creencias y su cultura, en general.

En ese sentido, es necesario reconocer que, en la Grecia antigua, la relación con la naturaleza no era simplemente física, sino también espiritual y cultural (Kwiatkowska *et al.*, 2001). Por esta razón, el mar, siempre presente y cambiante, inspiraba tanto asombro como temor y la *Iliada*, como cápsula del tiempo literaria que transporta al siglo VIII a.C., invita a explorar cómo los antiguos griegos interpretaban y atribuían significados a este paisaje marino, teniendo en cuenta que, desde la proa de

---

<sup>1</sup> Algunas referencias destacadas sobre el valor metafórico del paisaje en la literatura griega antigua incluyen los estudios de Beaulieu (2016), Collobert (1996), Feeney (2014), Greene (1914), Janni (1996), Lesky (1947), Moulton (1979), Parry (1933), Péron (1974), Purves (2024), Rambo (1932), Van Nes (1963) y Wilkins (1920). La referencia completa se encuentra en la sección correspondiente, al final de este trabajo.

<sup>2</sup> Para este autor, no cabe duda de que, para el griego del período arcaico, el mar era el camino hacia una vida mejor. Héroes, comerciantes, colonos y poetas compartían este imaginario sobre el horizonte marino.

los barcos aqueos hasta los más lejanos horizontes marinos, donde lo humano y lo divino se entrelazan, este poema épico revela el eco del mar en la psique colectiva de los antiguos griegos.

Entonces, al sumergirse en el basto entramado de versos que componen estos poemas, se analizará cómo, en ellos, se presenta una serie de elementos que se vinculan con el paisaje marino (mar, olas, espuma, agua, fuentes, ríos<sup>3</sup>) mostrados frecuentemente como metáforas emocionales y visuales que aportan intensidad a las acciones bélicas representadas, pues reflejan las luchas internas de los héroes, o bien, demuestran la naturaleza y su vínculo con el magnánimo poder de las divinidades.

Las expresiones con las que se alude al mar en la *Iliada*, por ejemplo, “mar estruendoso” (πολυφλοίσβοιο θαλάσσης) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto I, v. 34; *Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIII, v. 798), “mar estéril” (ἀλὸς ἀπρυέτοιο) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto I, v. 315), “el mar se desató” (ἐκλύσθη θάλασσα) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIV, v. 392) u “ola negra” (κῆμα μέλαινα) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XXI, v. 126), no se limitan a una función meramente descriptiva del paisaje, sino que configuran al mar como una fuerza activa dentro del universo poético homérico. Lejos de ser un telón de fondo pasivo, el mar, en estas imágenes, actúa como entidad dinámica que condiciona los acontecimientos, expresa o amplifica estados emocionales y psicológicos y se convierte en depositario simbólico de los cuerpos, los duelos y los pensamientos más íntimos de los héroes.

De este modo, en el presente trabajo, se plantea el objetivo de analizar cómo las representaciones de los paisajes marinos descritos en la *Iliada* se extienden más allá de lo puramente descriptivo para configurarse como metáforas multifacéticas, las cuales vinculan la naturaleza con la cultura, la espiritualidad con la realidad y las emociones humanas con los caprichos del mar.

Unido a lo anterior, se analizan las metáforas del paisaje marino como paisaje cultural, a la vez que se determinan sus funciones y significados en el devenir de las acciones expuestas en el poema a partir de cuatro ideas centrales: el mar como fuerza divina, como metáfora emocional, como símbolo de poder y como representación de la muerte.

## 2. El paisaje como metáfora

El vínculo entre espacio y cultura, según lo apunta Lavrenova (2021), constituye un fenómeno ontológico de gran relevancia debido a que la formación de un sistema de nociones, estereotipos y símbolos conectados con el hábitat crea un entramado complejo denominado “espacio cultural o geocultural” (p. 23). Dichos espacios, integrados por componentes eidéticos, ideativos y simbólicos,

---

<sup>3</sup> En La *Iliada*, los ríos y las fuentes pueden considerarse paisajes marinos en un sentido amplio, ya que todos los cuerpos de agua comparten un origen mítico común en el dios Océano, concebido como el gran río que circunda el mundo y del cual emergen mares, ríos y manantiales. Esta visión cosmogónica, expresada en varios pasajes del poema, establece una continuidad simbólica entre el agua dulce y el agua salada. Además, en el universo homérico, las aguas dulces no son meramente elementos naturales, sino entidades sagradas y animadas. Un ejemplo claro es el río Escamandro, quien participa activamente en la guerra y enfrenta a Aquiles como una divinidad ofendida, lo cual refuerza la idea de una unidad espiritual del mundo acuático.

Por otra parte, los ríos y fuentes desempeñan una función estética y simbólica que los aproxima al imaginario marino. Las descripciones de las fuentes junto a la muralla de Troya destacan por su lirismo y evocan la belleza y el dinamismo del agua en todas sus formas. Además, tanto el mar como los ríos operan como símbolos de frontera, tránsito o caos: el mar es el espacio del regreso incierto para los aqueos, mientras que los ríos delimitan territorios y se asocian a la muerte o a lo incontrolable. Así, en la lógica poética de la *Iliada*, las fuentes y ríos no se oponen al mar, sino que participan de un mismo sistema simbólico en el que el agua, en todas sus manifestaciones, adquiere una dimensión sagrada, estética y narrativa.

se desarrollan sobre objetos físicos y sociogeográficos, lo cual abarca desde el sustrato puramente geológico hasta la conformación de las ideas más abstractas asociadas al lugar.

En este contexto, la metáfora emerge como una de las herramientas importantes para comprender el espacio cultural, de tal manera que constituirá lo que Lakoff (1990) llama “semiosfera”, o sea, el espacio de sentido y significación que facilita la transmisión de información relacionada con el paisaje y la cultura. Por su parte, Johnson (2004) describe la metáfora como un proceso que se desarrolla en diferentes niveles: lingüístico, semántico y cognitivo. Con esto, este autor argumenta que la metáfora no se restringe al dominio del lenguaje, sino más bien al proceso evolutivo del conocimiento humano, lo que significa que los humanos siempre las han necesitado para desarrollar sus procesos de adquisición de conocimiento, desde la propia estructura del pensamiento hasta el lenguaje y la escritura. Desde esta perspectiva, la metáfora siempre ha sido necesaria para comprender el contexto y dar significado en el pensamiento individual y colectivo.

Al respecto, Lavrenova (2021) menciona que:

El paisaje natural y cultural se puede considerar como una metáfora. El proceso del conocimiento a través de la metáfora sin duda incluye la imagen además de los sentimientos y las emociones, que posiblemente sean una manera de reaccionar ante esta imagen. (p. 104)

A partir de lo anterior, en el universo de las metáforas que constituyen el espacio natural y cultural, el mar emerge como un símbolo rico y polifacético, de tal manera que se entrelaza con connotaciones semánticas que trascienden lo lingüístico y se sumerge en el ámbito cognitivo y emocional del ser humano. Asimismo, para Cantero (2009), el paisaje metafórico es la cristalización de los paisajes vividos por medio de la escritura, el lenguaje, la música y la pintura. En este sentido, la metáfora, intrínsecamente ligada al lenguaje, se convierte en una herramienta para la recreación y la comprensión de los espacios culturales.

### **3. El paisaje marino como símbolo**

El concepto de paisaje, según lo detalla Cosgrove (1998), abarca mucho más allá de lo que es puramente geográfico, por lo que se convierte en una imagen cultural que representa la manera en la que la humanidad experimenta y otorga significado a sus sentimientos en relación con el mundo que lo rodea. De esta manera, “un paisaje es una imagen cultural. Una forma pictórica de representar, estructurar o simbolizar los alrededores” (Cosgrove, 1998, p. 1). Por lo tanto, el paisaje no solo está definido por el entorno físico, sino que es un entramado cultural que se manifiesta de múltiples maneras, lo cual añade complejidad a su significado. Es decir, el paisaje no solo es percibido como un espacio tangible, sino como un símbolo cultural en constante evolución.

Unido a lo anterior, esa relación entre paisaje, símbolo y cultura se amplía con los aportes teóricos de Giménez (1999), quien introduce el concepto de geosímbolo, el cual es definido como un sitio, un recorrido o un momento que (por razones políticas, religiosas o culturales) adquiere una dimensión simbólica que fortalece la identidad de ciertos pueblos o grupos étnicos. Al respecto, Bonnemaïson (2000) añade que dichos símbolos (geosímbolos) pueden abarcar desde lugares con carácter sagrado, como templos, hasta sitios comunes, pero que resultan importantes en un determinado momento para alguna persona o grupos de personas, ya que constituyen “un marcador espacial, un signo en el espacio, que refleja y forja una identidad” (Bonnemaïson, 2000, p. 57).

De este modo, dichos símbolos, más que solo delimitar físicamente los territorios, actúan como custodios de la cultura y la identidad. Ahora bien, al analizar la *Iliada*, es posible percatarse de que el mar (y sus fuentes) se convierte en uno de estos símbolos para los griegos, el cual se conecta con su cultura, su historia y su identidad.

De este modo, a ojos de Homero y sus contemporáneos, el mar no solo se veía como un cuerpo de agua interminable que marcaba los bordes del mundo conocido (Boardman, 1986). Al investigar en profundidad, se puede notar que, al igual que todo lo demás, el mar tenía un profundo significado en la vida de las personas. Las olas, las costas y los momentos solitarios frente al mar, representados en la *Iliada*, servían como puntos de referencia culturales, piezas de símbolos o metáforas que transformaban el agua en el *yo* y la imaginación de los griegos.

Sin embargo, el mar no solo sirvió como una frontera para la Grecia antigua, sino que también contenía el peso de un audaz simbolismo marítimo relacionado con las grandes hazañas de viaje y exploración de los griegos, y con una fuerte conexión con deidades; en otras palabras, sus aguas estaban en continuo cambio, llenas de significado, como se explicará en mayor detalle en las siguientes secciones.

#### 4. Metáforas del paisaje marino en la *Iliada*

Dentro del vasto y complejo entramado simbólico de la *Iliada*, se destaca el uso recurrente de metáforas que evocan el misterioso paisaje marino. Estas metáforas no son meros adornos literarios, sino que cumplen una función fundamental al enriquecer la experiencia de lectura y ofrecer nuevas perspectivas sobre los personajes y los eventos épicos que se desarrollan en este escenario tan vasto y misterioso.

En primer lugar, estas metáforas proporcionan una dimensión sensorial única al texto, permitiendo al lector sumergirse en la atmósfera evocadora del mar y sus elementos. Las descripciones detalladas de las olas, el horizonte infinito y la inmensidad del océano crean una sensación de inmersión que transporta al lector a la misma época y lugar que los personajes de la obra.

Además, estas metáforas no solo apelan a los sentidos, sino que también funcionan como dispositivos narrativos que profundizan la comprensión de los temas y motivaciones subyacentes en la *Iliada*. Por ejemplo, el mar se presenta a menudo como un símbolo de poder divino y destino inexorable, lo cual refleja la lucha épica entre los dioses y los mortales, lo cual impulsa la trama de la obra.

Asimismo, las metáforas del paisaje marino revelan aspectos más profundos de los personajes y su psicología. Por ejemplo, el mar puede significar tanto el deseo de libertad y aventura como el miedo a lo desconocido y la incertidumbre, lo cual representa los conflictos internos y las motivaciones de los héroes homéricos.

De este modo, en los siguientes apartados se analizará cómo las metáforas del paisaje marino en la *Iliada* desempeñan un papel multifacético, simbólico y significativo en la construcción de la obra y la caracterización de los personajes. A través de ellas, el poeta no solo transporta a un mundo de mitos, sino que también invita a reflexionar sobre temas universales como el destino, la mortalidad y la lucha por la supervivencia.

#### 4.1. El mar como fuerza divina

Tal como se presentó en la introducción de este trabajo, dentro del tejido épico de la *Iliada*, el mar no solo es el telón de fondo, el cuadro escénico en el que se enmarcan las batallas de los pueblos y las hazañas de los héroes, sino que se torna en el referente del dios Poseidón y en una extensión de su poder, lo que lo convierte en un actor clave del poema homérico.

Al determinar su figura entre la de otras divinidades, una serie de epítetos lo distinguen. Así, por ejemplo, a Poseidón lo acompañan calificativos, como “el de azules cabellos” (*κυανοχαῖτα*) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIII, v. 563) o “el que sacude la tierra” (*ἐνοσίχθων*) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto VII, v. 445), que unifican su naturaleza divina y su capacidad de influir tanto en los océanos como en la tierra misma. Según lo afirma Tuan (2007), los epítetos son contenedores de significados que surgen de las experiencias más profundas acumuladas con el pasar de los siglos. Con frecuencia, esas experiencias poseen un carácter sagrado o sobrenatural, aunque estén arraigadas en la biología humana.

De esa manera, en el canto XIII (verso 10 al 45) (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b), cuando los aqueos se enfrentan a los troyanos en las playas, Homero presenta a Poseidón como una fuerza imponente y sobrecogedora, comparable al poder incontenible del mar en movimiento. Esta poderosa imagen es la metáfora que subraya la creencia de que Poseidón no solo es un dios observador, sino un actor directo y determinante en el campo de batalla, donde el epíteto “sacudidor de la tierra” (*ἐνοσίχθων*) destaca su papel en la contienda y, asimismo, su poder descomunal y la idea de que no solo los mares y las olas obedecen su voluntad, sino que la tierra es también una extensión de su fuerza, tal como se aprecia en el siguiente pasaje:

*ὑψόθεν· ἀπὸρ νέρθε Ποσειδάων ἐτίναξε  
γαῖαν ἀπειρεσίην ὄρέων τ' αἰπεινὰ κάρηνα.  
πάντες δ' ἔσσειοντο πόδες πολυπίδακος Ἴδης  
καὶ κορυφαί, Τρώων τε πόλις καὶ νῆες Ἀχαιῶν.*

Desde lo alto y por debajo, Poseidón sacudió  
la tierra sin límites y las cumbres elevadas de los montes.  
Temblaban las raíces y las cimas del Ida, rico en fuentes,  
la ciudad de los troyanos y las naves de los aqueos<sup>4</sup>. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XX, vv. 57-60)

La reacción de Poseidón no solo muestra cómo su poder hacía temblar la tierra, sino que reafirma su control sobre las aguas o las fuentes que circundan la tierra y su divina capacidad de utilizarlos como instrumentos para el combate.

Otro pasaje, en el que se representa este poder del paisaje marino deificado, es en la batalla que el propio Aquiles sostuvo con el torrentoso río Escamandro, descrita en el canto XXI:

*δεινὸν δ' ἄμφ' Ἀχιλλῆα κυκώμενον ἴστατο κῆμα,  
ᾧθει δ' ἐν σάκει πίπτων ῥόος· οὐδὲ πόδεσσιν  
εἶχε στηρίζασθαι· ὁ δὲ πετέην ἔλε χερσὶν  
εὐφρέα μεγάλην· ἧ δ' ἐκ ῥιζῶν ἐριποῦσα*

<sup>4</sup> La traducción de los textos griegos es propia, a partir de las ediciones de Monro y Allen (1920a, 1920b). La localización de pasajes se da por libro y verso.

κρημνὸν ἅπαντα διῶσεν, ἐπέσχε δὲ καλὰ ῥέεθρα  
ῥῶσιςιν πυκινοῖσι, γερύρωσεν δὲ μιν αὐτόν.  
εἶσω πᾶσ' ἐριποῦσ': ὁ δ' ἄρ' ἐκ δίνης ἀνορούσας  
ἦϊξεν πεδίοιο ποσὶ κραιπνοῖσι πέτεσθαι.

Una ola terrible se alzaba en torno a Aquiles, que giraba envuelto;  
la corriente caía sobre su escudo y lo empujaba.

No podía afirmarse con los pies.

Entonces, con las manos, tomó un gran olmo bien formado,  
pero este, al desprenderse desde las raíces, arrastró con su caída  
todo el despeñadero, y detuvo las hermosas aguas  
con sus densas ramas, y le sirvió de puente.

Cuando el árbol entero se desplomó, él saltó fuera del remolino  
y con sus veloces pies corrió hacia el llano. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XXI, vv. 240-247)

Este pasaje utiliza imágenes acuáticas y naturales para ilustrar el poder físico y simbólico que actúa en el campo de batalla. Se describe una ola intensa que se cierne alrededor de Aquiles, mientras una corriente golpea su escudo y le impide mantenerse firme, obligándolo a buscar refugio mediante el agarre de un árbol. La imagen del árbol, “un gran olmo bien formado”, se introduce como símbolo de estabilidad y orden (Chevalier y Gheerbrant, 2009), pero su abrupto desprendimiento de las raíces, al ser arrastrado y funcionar como puente, evidencia la violencia y la imprevisibilidad de las fuerzas naturales.

El contraste entre la estabilidad esperada del árbol y la fuerza destructiva del agua ilustra la capacidad de la naturaleza para subvertir las expectativas humanas, un rasgo característico de la épica homérica. En este contexto, la descripción cumple una función dual: por un lado, representa la intervención de fuerzas divinas o naturales que alteran el curso de los acontecimientos y, por otro, subraya la inestabilidad inherente a la situación de Aquiles, quien, a pesar de su reputación heroica, se muestra momentáneamente vulnerable frente a un entorno implacable.

Esta metáfora evoca la idea de la fragilidad de las estructuras aparentemente sólidas frente a las fuerzas de la naturaleza (o naturaleza divina), así como la inevitabilidad del cambio y la transformación.

En esencia, los pasajes comentados en este subapartado utilizan la metáfora marina como paisaje cultural para expresar temas extendidos en el pensamiento griego (Vernant, 2008), como el conflicto interno, la fragilidad de la existencia humana y la creencia griega en una interacción entre divinidades y naturaleza, así como con los humanos y sus actividades mortales.

Ahora bien, al decir que el mar se convierte en un lazo que aúna lo divino y lo mortal, también será un símbolo de fuerza que puede influir en el destino de los personajes y sus acciones o en sus emociones. De ahí que el mar, como se verá en el siguiente apartado, es un recurso mediante el cual la metáfora actúa para expresar las vicisitudes emocionales de algunos personajes.

## 4.2. El mar como metáfora emocional

Dentro del espectro emocional que Homero desarrolla en la *Iliada*, el mar se destaca como un espacio simbólico, tanto desde la perspectiva visual como desde la emotiva, que refleja estados internos y psicológicos de los personajes tan cambiantes como sus mareas. Así, las aguas en calma y las tormentas marinas no solo son particularidades del entorno marino, sino que, además, funcionan como un espejo

de las luchas internas, pesares, alegrías, miedos y demás emociones que enfrentan los héroes. Esta conexión profunda entre el mar y el mundo emocional confiere, a la obra, de una dimensión adicional de complejidad, lo cual la enriquece desde las perspectivas metafórica y cultural.

Entonces, en el canto XIX, cuando Aquiles lamenta la muerte de Patroclo (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIX, vv. 303-339), Homero se vale de la imagen del mar agitado (*ὄρινομένη τε θάλασσα*) para ilustrar el proceso emocional del héroe. La tristeza de Aquiles es grande, se agita y revuelve en su pecho, sus emociones son como arremolinadas olas de un mar embravecido. Dicha metáfora no solo manifiesta la intensidad del dolor ante la pérdida del compañero (Patroclo), sino el establecimiento de un vínculo directo entre el espacio psicológico y el espacio externo, el paisaje marino.

Otro ejemplo de esto se aprecia en el canto XXIII de la *Iliada*, en el cual se presenta al Pelida sumido en la tristeza y la angustia ocasionados por los funerales de Patroclo:

*Πηλεΐδης δ' ἐπὶ θινὶ πολυφλοίσβοιο θαλάσσης  
κεῖτο βαρὺ στενάχων πολέσιν μετὰ Μυρμιδόνεσσιν  
ἐν καθαρῷ, ὅθι κύματ' ἐπ' ἠϊόνος κλύεσκον.*

Y el hijo de Peleo yacía sobre la orilla del mar de sonoro murmullo, gimiendo profundamente, rodeado de muchos mirmidones, en un claro, donde las olas rompían sobre la playa. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XXIII, vv. 59-61)

La imagen de Aquiles gimiendo a orillas del “mar de sonoro murmullo” es profundamente lírica y resalta, al mismo tiempo, la terrible angustia del Pelida. El mar, en ese contexto, se convierte en un observador silencioso de las penas sufridas por el héroe, un testigo de su dolor, un confidente de sus tristezas.

El hecho de que Aquiles haya escogido ese sitio en particular para liberar sus penas sugiere una conexión íntima entre estas y el vasto y enigmático horizonte marino; asimismo, la imagen del mar estruendoso sirve como reflejo manifiesto de la expresión emocional de Aquiles.

Por otra parte, las olas que bañan el limpio lugar actúan como metáfora visual de la limpieza emocional que busca el héroe, incluso cuando está sumido en el caos psicoemocional, producto de la muerte de su compañero Patroclo. El mar, como confidente, recibe sus gemidos y mediante su ruido constante y sus aguas alivia sus penas y lo descarga de sus pesares.

Otro pasaje lírico, en el que es posible ver a Aquiles junto al mar, es el que corresponde al canto I, versos del 348 al 351, donde se describe una imagen memorable en la que el mar se convierte en refugio para Aquiles, en medio de la afrenta de Agamenón:

*αὐτὰρ Ἀχιλλεὺς δακρύσας ἐτάρων ἄφαρ ἔζετο νόσφι λιασθείς,  
θῖν' ἔφ' ἄλδος πολιῆς, ὀρόων ἐπ' ἀπείρονα πόντον·  
πολλὰ δὲ μητρὶ φίλῃ ἠρήσατο, χεῖρας ὀρεγνύς.*

Pero Aquiles, llorando, se apartó de sus compañeros y se sentó a lo lejos, en la orilla del mar gris, mirando al inmenso ponto.

Y alzando las manos, rogó muchas cosas a su madre querida. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto I, vv. 348- 351)

Como se aprecia, Aquiles, quien tradicionalmente es visto como la representación de la fuerza y la valentía en la guerra, por su parte divina, en este pasaje, encarna la vulnerabilidad de su condición

humana. El dolor emocional que experimenta el héroe se manifiesta de manera simbólica al acudir al mar como receptor de sus lamentos y punto de vínculo con el consuelo que necesita: su madre.

El mar, refugio emocional, con su inmensidad y su carácter voluble tanto calmado como tempestuoso, se convierte en un recurso para expresar el torrente de emociones que se agolpan en el corazón del héroe. De esta manera, el hecho de que Aquiles se siente junto al mar “canoso”, “gris” o “blanquecino” (*ἀλλὸς πολιῆς*) sugiere una atmósfera luctuosa y evoca, al mismo tiempo, la idea de un espacio en el que el dolor puede ser confrontado y diluido.

Por otra parte, la acción de mirar detenidamente el agua denota una intensa concentración y conexión con el elemento marino. En ese sentido, Aquiles no solo mira el mar, sino que parece sumergirse en él, como si buscara respuestas o consuelo en su profundidad, o bien, en el abrazo materno de Tetis. Esta acción sugiere un ‘diálogo silencioso’ entre Aquiles y el mar, en el cual el héroe vierte su súplica, como si se tratase de un espejo emocional, es decir, un medio con el que puede conectar consigo mismo y reflexionar sobre su situación y, al mismo tiempo, fortalecer el lazo para que Tetis, su madre, calme la cólera que causa su amargura.

Asimismo, la referencia a tender las manos añade un sentido más a esta metáfora: Aquiles no solo busca consuelo por medio de la mirada, sino que extiende sus manos hacia el agua, como si tratara de alcanzar algo sólido que pueda aliviar el dolor por la afrenta recibida. Esta metáfora, además, evoca una sensación de desesperación y anhelo, aparte de una búsqueda de solución o de redención.

Finalmente, la súplica de Aquiles a su madre Tetis, momento de mayor carga lírica del pasaje, amplía la dimensión emocional y personal de este instante. El héroe recurre al vínculo maternal en un intento de encontrar consuelo y apoyo en medio de su tristeza. A partir de esto, la presencia del mar amplifica esta conexión emocional, sugiriendo que, incluso en medio de la adversidad, el individuo puede encontrar consuelo y renovación en la naturaleza y en los lazos familiares, del mismo modo que las olas sostienen y envuelven a los navegantes.

En el siguiente apartado, se notará cómo ese lirismo se extiende a otros pasajes, particularmente a aquellos en los que algunos personajes se debaten entre sus desdichas y cuyos desenlaces podrían acarrear penas terribles, no solo para ellos, como individuos, sino para sus gentes.

### 4.3. El mar tempestuoso: metáfora de desdicha y conflicto

El recurso de la metáfora marina también se extiende al momento de conflicto y desdicha. En el canto VI, cuando Helena contempla los enfrentamientos en el campo de batalla desde lo más alto de los palacios de Príamo, Homero describe la desdicha que la embarga:

*τὸν δ' Ἑλένη μύθοισι προσηύδα μιλίχιοισι·  
δᾶερ ἐμεῖο κυνὸς κακομηχάνου ὀκρροέσσης,  
ὥς μ' ὄφελ' ἦματι τῷ ὅτε με πρῶτον τέκε μήτηρ  
οἴχεσθαι προφέρουσα κακῇ ἀνέμοιο θύελλα  
εἰς ὄρος ἢ εἰς κῆμα πολυφλοίσβοιο θαλάσσης,  
ἐνθά με κῆμ' ἀπόερσε πάρος τάδε ἔργα γενέσθαι.*

Y Helena le dijo con dulces palabras:

“Cuñado mío, causa soy yo, perra malvada e insensata,  
¡ojalá aquel día en que mi madre me dio a luz  
una mala tempestad de viento me hubiera arrebatado,  
llevándome a lo alto de un monte o a las olas del mar de ruidoso oleaje,

allí donde la ola me habría barrido antes de que todo esto sucediera!” (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto VI, vv. 343-348)

La descripción del mar embravecido ilustra la confusión y el conflicto en la mente de Helena mientras es testigo de la violencia y la devastación producto de la guerra. Del mismo modo, en la cita, se expresa un profundo deseo de escapar de las consecuencias de sus decisiones. Su declaración de desear ser llevada por una “mala tempestad” hacia las olas del mar antes de que se produzcan los eventos que desencadenarán la tragedia troyana revela una reflexión intensa sobre el proceso de toma de decisiones y las implicaciones de estas.

La metáfora marina como espacio dicotómico entre lo desconocido y la libertad se manifiesta de manera prominente en dicho pasaje, ya que Helena, al expresar el deseo de ser arrastrada hacia el mar, demuestra el anhelo de una huida de las inevitables consecuencias de sus actos. Esa imagen del mar estruendoso y arremolinado representa no solo la incertidumbre inherente a las decisiones humanas, sino, además, la imposibilidad de evasión de las responsabilidades y, con esto, el remordimiento asociado, aunque ella también sea víctima de un destino funesto (y un sujeto pasivo).

De este modo, su deseo de retroceder en el tiempo para evitar los acontecimientos que presencia resalta la naturaleza trágica de su situación y del momento y su anhelo de escapar del peso de la culpa que la agobia.

Por otra parte, en el canto XIV, verso 392, se presenta la frase “*ἐκλύσθη θάλασσα*” (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIV, v. 392), la cual se traduce como “mar airado” o “mar agitado” y se utiliza para transmitir la imagen de un mar en constante perturbación y movimiento. La descripción no solo se circunscribe a una mera agitación física, sino que simboliza la intervención de lo sobrenatural en el ámbito humano, donde el mar se comporta de forma casi consciente, como si respondiera a la voluntad de un dios o reflejara el tumulto emocional de los personajes:

*ἐκλύσθη δὲ θάλασσα ποτὶ κλισίας τε νέας τε Ἀργείων·  
οἱ δὲ ζῆνισαν μεγάλῳ ἀλαλητῶ.  
οὔτε θαλάσσης κῦμα τόσον βοᾶα ποτὶ χέρσον  
ποντόθεν ὀρνύμενον πνοιῆ Βορέῳ ἄλεγεινῆ·*

a las tiendas y las naves de los argivos, llegó el airado mar,  
y ellos lo comprendieron por el gran clamor.

Ni siquiera la ola del mar ruge tanto al romper en la costa,  
levantada desde lo profundo por el soplo doloroso del Bóreas. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XIV, vv. 392-395)

Se aprecia cómo el verbo *ἐκλύσθη* (“fue desatado” o “se soltó”) otorga al mar una dimensión dinámica y autónoma. En dicho pasaje, no se describe un simple oleaje, sino una agitación súbita y poderosa, la cual sugiere una irrupción violenta de fuerzas naturales. Esta elección verbal no tiene un valor meramente descriptivo, sino que insinúa, desde una lectura simbólica, que el mar actúa como agente activo dentro del caos bélico, alineado con las potencias divinas que trastocan el orden humano.

En ese sentido, la perturbación marina no se presenta como un fenómeno natural casual, sino como una manifestación de lo sagrado en el plano físico. La posterior mención al “gran clamor” (*μεγάλῳ ἀλαλητῶ*) con el que los guerreros reaccionan refuerza la idea de que esta conmoción del mar está imbuida de un carácter trascendental, el cual va más allá del paisaje escénico y apunta a una lógica épico-religiosa en la que el mar funge como mediador entre el ámbito divino y la experiencia humana.

Dentro de la retórica de Homero, el mar, al compararse o mencionarse con verbos como “ruge” (*βοάει*) o “revienta” (*ἐρρήγγυται*), evoca un paralelismo con el ímpetu de las contiendas. Esta figura del mar agitado no solo refleja la inestabilidad del campo de batalla, sino también la conmoción interna de héroes que, al igual que las aguas azotadas por Bóreas, se ven sacudidos por pasiones, temores o iras difíciles de dominar. Así, la estampa del oleaje sitúa a la naturaleza como un reflejo sonoro y visual del desorden bélico; la naturaleza actúa como un ente que, al rugir repentinamente, anuncia o intensifica el desastre inminente. Con esto, Homero amplía la dimensión del conflicto y lo rodea de un aura más universal, en la cual lo humano y lo natural se mezclan en un único estruendo.

De este modo, se observa cómo la metáfora acuática sirve para relacionar la imprevisibilidad de la guerra con la furia del mar, robusteciendo la atmósfera épica y la idea de que fuerzas mayores influyen sobre los mortales. En el siguiente apartado, se analizará cómo esta mezcla entre paisaje y combate se integra en la construcción de las emociones de los héroes, vinculando el furor del agua con el temor a la muerte en el mar que podría acarrearlos al olvido.

#### 4.4. El mar como metáfora de la muerte: muerte en el mar y el olvido

Las aguas marinas, objeto de reverencia y temor ancestral, representan un espectro de peligro y muerte que los griegos no podían subestimar (Greene, 1914). Con frecuencia, sus corrientes traicioneras se manifiestan como trampas mortales capaces de arrebatarse la vida a quienes se descuidan o de acoger los restos de aquellos cuyas vidas han sido extinguidas prematuramente en un combate. De este modo, el mar se presenta como un espacio intrínsecamente vinculado a la muerte, cuya naturaleza puede caracterizarse como ominosa, marcada por la sombría perspectiva del olvido eterno.

En este sentido, ese mar descrito como arremolinado, tempestuoso, oscuro, vinoso, encrespado o furioso se convierte en un recordatorio constante de la efímera naturaleza de la vida humana y la inexorable realidad de la muerte<sup>5</sup>. A lo largo de la epopeya, el mar se entrelaza con la noción de la muerte en formas simbólicas y emocionales. Sin embargo, esta relación entre el mar y la muerte también lleva consigo una sensación de oprobio. Como señala González (2010), para un griego, no había peor final que perecer ahogado en el mar, ya que “el héroe, tras su muerte, requiere honras fúnebres (*κτέρεα*) y una tumba (*τύμβος*) que recuerde a las generaciones venideras su existencia” (p. 104). En esencia, morir en el mar significaba no poder ser enterrado ni incinerado, lo cual privaba al héroe de la oportunidad de ser recordado y a su alma de emprender su viaje al más allá.

La falta de un sepulcro para mantener viva la memoria del difunto relegaba su muerte a la condición de olvido, con lo que se eliminaba cualquier vestigio de las hazañas que el héroe hubiese realizado durante su vida, sin importar cuán destacadas hubieran sido, y, por si fuera poco, la falta de sepultura impedía el acceso de su alma al más allá, tal como lo ejemplifica el propio Patroclo en el siguiente pasaje:

---

<sup>5</sup> Desde un punto de vista poético, el uso de imágenes naturales como metáforas de estados anímicos o realidades existenciales es una convención propia del estilo épico. Como ha señalado Vernant (2008), el universo homérico está cargado de correspondencias simbólicas, en las cuales el cuerpo, el cosmos y las pasiones se expresan por medio de elementos naturales. Así, el mar no es solo mar: puede ser reflejo del duelo, del destino que se aproxima o de la pérdida de control sobre la vida.

Además, el mar aparece como lugar liminal en muchas escenas de la épica: los cuerpos que caen “como olas”, las lágrimas que brotan como torrentes, los pensamientos que fluctúan como la marea. En este campo semántico, el mar tempestuoso puede leerse como imagen de la desintegración, del final inevitable que avanza, tal como la muerte en la batalla.

εὔδεις, αὐτὰρ ἐμεῖο λελασμένος ἔπλεν Ἀχιλλεῦ.  
οὐ μὲν μεν ζῶοντος ἀκήδεις, ἀλλὰ θανόντος.  
θάπτέ με ὄττι τάχιστα πύλας Αἴδαο περήσω.  
τῆλέ με εἴργοισι ψυχαὶ εἶδωλα καμόντων,  
οὐδέ μέ πο μίσησθαι ὑπὲρ ποταμοῖο ἐῶσιν,  
ἀλλ' αὐτως ἀλάλημαι ἄν' εὐρυπυλῆς Αἴδος δῶ.  
καί μοι δὸς τὴν χεῖρ'. ὀλοφύρομαι, οὐ γὰρ ἔτ' αὖτις  
νίσσομαι ἐξ Αἴδαο, ἐπὶν με πυρὸς λελάχητε.

Duermes, pero te has olvidado de mí, Aquiles.

No dejabas de cuidarme en vida, pero ahora, muerto, me abandonas.

Sepúltame cuanto antes, para que cruce las puertas del Hades.

Lejos me retienen las almas, las sombras de los que han muerto,

y no me dejan unirme a ellas más allá del río,

sino que vago errante en la vasta morada del Hades.

Dame tu mano, te lo suplico. Estoy afligido,

pues no volveré más del Hades, una vez que el fuego me haya consumido. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XXIII, vv. 69-76)

Al respecto, Martínez-Pinna (1993) afirma que “desde Homero se tenía por cierto que el alma de los que no reciben sepultura no encontraba descanso, sino que erraba como un fantasma causando males en la tierra que le retenía contra su voluntad” (p. 282).

Patroclo no descansa porque no ha recibido un funeral digno. Tras su muerte, su cuerpo debe ser llevado cerca de las aguas del mar para ser purificado antes de la cremación. Aunque esta purificación es un acto de respeto hacia el difunto, también destaca cómo el agua de mar es el único medio para deshacerse de los restos mortales y limpiar la mancha que traen consigo la sangre y la muerte.

La incapacidad de realizar un funeral tradicional o de construir un monumento funerario es un recordatorio angustioso de la ausencia de un lugar físico donde los seres queridos puedan rendir homenaje y mantener viva la memoria del fallecido.

Por otra parte, en el Canto XXIV, versos 438 a 676, cuando Príamo suplica a Aquiles que le devuelva el cuerpo de su hijo Héctor, el mar se convierte en un testigo silencioso de la tragedia (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b). La relación entre el mar y la muerte se intensifica a medida que Príamo llora sobre el cuerpo de su hijo frente al mar. Aquí, el mar no solo simboliza la transición entre la vida y la muerte, sino también la oprobiosa carencia de un lugar de descanso final para los muertos.

Al respecto, Gallou (2003) sostiene que, entre los pueblos que dependían en gran medida de actividades relacionadas con el mar, era común la creencia de que el mundo de los muertos estaba en alguna parte profunda del vasto océano.

A través de estas imágenes, Homero captura la tristeza y el oprobio que los antiguos griegos asociaban con la muerte en el mar, donde los cuerpos de los caídos desaparecían en las profundidades, sin dejar rastro y sin permitir que sus seres queridos les rindieran el homenaje merecido.

#### 4.5. Metáfora del mar como poder en la batalla

El mar representa una de las mayores fuerzas de la naturaleza y, como tal, es utilizado también como una metáfora para representar el poder. Al respecto, Fenno (2005) señala lo siguiente:

...water could be interpreted as poetic amplifications of trad guage about warriors “pouring” or “streaming” into the field In the Iliad, where various similes elaborately develop a hydropolemic imagery, expressions that might seem, in isolation more than dead metaphors become more vivid. Like wise, wáter come to life as a combatant in the natural world and on the divine level. Just as heroes sometimes resemble water, so can bodies of water sound and act like Warriors. (p. 479)

El autor sugiere, entonces, que estas referencias hídricas (analogías del mar en la *Iliada*) incrementan la vivacidad y la monumentalidad de la batalla, más allá de lo literal. El agua brava deja de ser un simple líquido para convertirse en un símbolo de poder e impredecibilidad.

Un ejemplo de esto se describe en el ‘Combate en torno al cadáver de Patroclo’ donde se presenta el enfrentamiento entre griegos y troyanos. Aquí el mar se describe como la máxima representación del poder:

*ὡς δ' ὄτ' ἐπὶ προχοῆσι διοπετέος ποταμοῖο  
βέβρυχεν μέγα κῆμα ποτὶ ῥόον, ἀμφὶ δ' ἄκραι  
ἠϊόνες βοόωσιν ἐρευγομένης ἀλὸς ἔξω·  
τόσση ἄρα Τρῶες ἰαχῆ ἴσαν· αὐτὰρ Ἀχαιοὶ  
ἔστασαν ἀμφὶ Μενoitιάδῃ ἕνα θυμὸν ἔχοντες,  
φραχθέντες σάκεσσιν χαλκῆρεσιν.*

Como cuando en la desembocadura de un río divino  
ruge fuertemente una gran ola contra la corriente,  
y alrededor las altas orillas resuenan  
con el bramido del mar hacia fuera,  
con tal clamor avanzaban los troyanos. Pero los aqueos  
se mantenían firmes alrededor del hijo de Menecio, con un mismo ánimo,  
cerrados por escudos de bronce. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XVII, vv. 263-268)

Como se aprecia, se describe la avanzada de los teucros de manera análoga al movimiento de las olas marinas, las cuales retroceden para luego avanzar con más fuerza. Esa comparación destaca su ímpetu y su intensidad en el enfrentamiento. La imagen de las olas que se elevan en la boca del río y luego refluyen hacia el mar, resonando en las altas orillas<sup>6</sup>, refleja la marea de la batalla, así como el flujo y reflujo de la vida y la muerte en el campo de guerra. Los teucros, como las olas, avanzan con firmeza causando un estruendo ensordecedor a su paso, con un rugido de victoria en sus gargantas y llevando consigo al mar como estandarte de poder incontenible y devastador.

De esta manera, el fragmento ejemplifica perfectamente lo que Fenno (2005) describe como “hidropolemia”: el mar (en su furia y rugido) sirve como símil del avance del ejército troyano, subrayando su fuerza incontenible y su intensidad destructiva. El contraste final con los aqueos, “firmes” y “unidos”, resalta la tensión entre el impulso avasallador (ola/troyanos) y la resistencia cohesionada (muralla de bronce/aqueos).

En cambio, se aprecia el siguiente pasaje:

---

<sup>6</sup> La escena del funeral de Patroclo es una tensión central en el relato épico, cuya resolución se da precisamente en ese espacio liminar de la playa, donde se prepara la pira funeraria. La presencia del mar, incluso cuando no se menciona de forma directa en cada línea, satura el ambiente: está presente en la sonoridad, en el trasfondo del campamento, en el simbolismo de lo inacabado, del cuerpo no devuelto, del alma suspendida.

ὥς δ' ὅτ' ἐν αἰγιαλῷ πολυηχέϊ κύμα θαλάσσης  
ὄρνυτ' ἐπασσύτερον Ζεφύρου ὑπο κινήσαντος·  
πόντῳ μὲν τε πρῶτα κορύσσεται, αὐτὰρ ἔπειτα  
χέρσῳ ῥηγνύμενον μέγала βρέμει, ἀμφὶ δέ τ' ἄκρας  
κυρτὸν ἐὼν κορυφοῦται, ἀποπτύει δ' ἄλδος ἄχνην·  
ὥς τότε ἐπασσύτεραι Δαναῶν κίνυντο φάλαγγες  
νωλεμέως πόλεμον δέ.

Como en la ribera sonora el oleaje del mar  
se levanta incesante cuando lo agita el Céfiro;  
en el mar primero se alza en cresta, pero luego  
al romperse en la costa resuena con gran estruendo, y en torno a las rocas  
curvado se encrespa en la cima, y escupe la espuma salada;  
así, en aquel momento, las falanges de los dánaos se movían  
una tras otra, incansables, hacia la guerra. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990a, Canto IV, vv. 421-428)

En este pasaje, Homero describe el avance de las falanges dánaas mediante un símil en el que una ola, impelida por el Céfiro, se levanta en el mar y rompe con fuerza sobre la costa. El detalle de cómo la ola “encrespa” primero sus crestas en alta mar (*κορύσσεται*) y, luego, al chocar contra las rocas (*ῥηγνύμενον*), ruge (*βρέμει*) y arroja espuma (*ἀποπτύει δ' ἄλδος ἄχνην*) confiere un aire de violencia natural que anticipa la incesante acometida de los aqueos. Esta descripción no se limita a embellecer la escena: la fuerza del agua cobra aquí un dinamismo casi humano, equiparable a la furia de un ejército que avanza sin tregua.

De acuerdo con Fenno (2005), se le otorga al elemento natural un rol activo y belicoso, como si fuera otro combatiente. Así, en lugar de una simple comparación decorativa, el mar se transforma en un recurso poético que intensifica la atmósfera épica: la ola, en su choque con la orilla, refleja la misma fuerza irrefrenable y el estruendo que caracteriza el avance de las tropas. De esta manera, las falanges dánaas se convierten en un oleaje humano tan inquebrantable como el mar agitado, realizando la magnitud y el dramatismo del conflicto.

De manera similar, la hidropolémica puede observarse en el siguiente pasaje:

ὥς οἱ ἄρ' ἰαχῇ μεγάλῃ Τρώεσσιν ἐπέσσυθεν  
ἀτρύγετον διὰ πόντον ὅπως ἴδη ὄβριμον κύμα,  
ἀζαλέην ὑπὸ αὔραν ἐγειρόμενον· αὐτὰρ ἔπειτα  
χέρσῳ ῥηγνύμενον σμερνδὸν κλάγξε σὺν ἄλλοις·  
τεύχεα δ' ἐπεὶ ῥάγη, ἐπὶ δ' ἄλδος ἄχνην ἀφήκε,  
ὥς ἄρα καὶ Δαναοὶ θορόβησαν ἔπειτα πολέμου ἐν ἀκτῇ.

Así, con gran griterío, se lanzaron contra los troyanos,  
como cuando en el estéril mar se levanta la enorme ola  
bajo el viento seco que la inflama; mas luego,  
al romper en la costa, lanza un gran estrépito con las demás,  
y al quebrarse arroja la espuma sobre la playa;  
de igual manera clamaron entonces los dánaos en la orilla de la guerra. (*Iliada*, ca. VIII a.C./1990b, Canto XV,  
vv. 381-387)

En el pasaje anterior, a nivel visual, Homero describe la ola subiendo en el mar y alzando “cresta” (*κορύσσεται*), tras lo cual rompe con estrépito sobre la orilla, liberando espuma que salpica.

Esta progresión secuencial, desde la formación de la ola en alta mar hasta su ruptura en la costa, le otorga la misma inercia y explosión que define a un ejército en plena acometida. La comparación entre el ejército y la ola marcan claramente la relevancia de lo sonoro y lo visual. La ola “ruge” (*ἐπ’ ἀκτῆ... βρέμει*) y “arroja” espuma (*ἀποπτύει ἄλως ἄχνην*), lo que genera una impresión inmediata de estruendo y violencia.

De este modo, el lector percibe una imagen tan vibrante como ensordecedora: la naturaleza del mar se comporta con la misma ferocidad con la que un contingente de guerreros ingresa al campo de batalla.

En fin, en ambos episodios, el mar se convierte en un paisaje cultural, es decir, una metáfora que destaca el poderío de los guerreros durante los combates al comparar a los soldados con las olas de un arremolinado mar, en sus momentos más intensos de avance y de ataque. A partir de esto, se hace énfasis en su imponente presencia en el campo de batalla, lo cual dibuja, con palabras, un retrato impactante y sonoro de su fortaleza.

## 5. Conclusiones

Como se apreció a lo largo de los diferentes apartados, el abordaje realizado a los distintos pasajes citados de la *Iliada* revela su riqueza simbólica y versatilidad expresiva del mar (y otros elementos relacionados con este) en el poema. Desde el uso del mar como metáfora de un estado emocional hasta su uso como un paisaje bélico, queda claro que este, como paisaje cultural, enriquece la narrativa de la épica y facilita la comprensión de temas como la relación entre los dioses y los seres humanos.

La capacidad del mar para provocar sentimientos y evocar intensidad en múltiples eventos, donde están inmersos los humanos, es fruto de la riqueza del texto y la capacidad del poeta para construir y plasmar vívidas imágenes que, a su vez, logran sumergirse en la psicología de los personajes.

El mar, como metáfora de la fuerza divina en la obra de Homero, va más allá de la mención como contexto para convertirse en un argumento simbólico de la poderosa influencia divina en la vida de los mortales. A través de Poseidón y sus epítetos, Homero no solo personifica al mar, sino que también lo emplea como un recurso para manifestar la voluntad y furia de los dioses.

Las metáforas “mar estruendoso” y “mar embravecido” dan cuenta de la acción de Poseidón tanto en la guerra como en los fenómenos naturales. Igualmente, la representación de Aquiles en su combate contra el río Escamandro ilustra lo complejo de la psique humana enfrentada a la grandeza de la naturaleza. En conjunto, estas metáforas marinas no solamente añaden un tono más dramático y bélico a la obra, sino que reflejan temas fundamentales del pensamiento griego antiguo, como el conflicto interno y la fragilidad de la propia existencia humana. Por lo tanto, el mar aparece como el elemento de comunión entre los mundos divino y terrenal y determina el destino y las vivencias de los seres humanos tanto como su estado emocional.

Aunado a lo anterior, con el mar como metáfora emocional, se observa la profundidad psicológica de los personajes, en este caso, la del propio Aquiles. Las imágenes del mar en calma o en tempestad constituyen el viaje emotivo de los héroes, lo cual ofrece una representación visual de sus luchas interiores y estados de ánimo. La acción de Aquiles de buscar consuelo junto al mar sugiere, al mismo tiempo, la búsqueda de una purificación emocional más profunda y una conexión con los

poderes curativos de la naturaleza. La forma en que Aquiles interactúa con el mar, al mirarlo y extender sus manos, insinúa una relación más profunda y un anhelo de respuestas o soluciones de las dificultades que enfrenta.

La poderosa presencia del agua parece profundizar en las emociones que Aquiles siente hacia su madre, Tetis, lo cual transmite la idea de que, incluso en las situaciones más desesperadas, una persona puede encontrar consuelo y renovación en la naturaleza y los lazos familiares.

De igual manera, el uso sistemático de la metáfora marina y sus elementos constituyentes en la *Iliada* de Homero no solo es un recurso artístico poético para enriquecer la descripción del entorno paisajístico y los sentimientos de los personajes, sino que también añade una caracterización respecto a la profundidad psicológica de las personas en conflicto y la toma de decisiones cruciales. Es decir, al utilizar el mar como metáfora del abrumador sufrimiento mental y emocional de los personajes, Homero retrata brillantemente las luchas internas, los conflictos morales y la incertidumbre fundamental en la condición humana durante tiempos críticos.

Este enfoque no solo destaca la maestría poética del autor, sino que también subraya la relevancia perdurable de la obra en el análisis de temas universales como el poder, la responsabilidad y la búsqueda de redención. En este sentido, la metáfora del mar en la *Iliada* trasciende su función estética para ofrecer una ventana única hacia la complejidad de la experiencia humana, invitando a una reflexión más profunda sobre las motivaciones, las emociones y las decisiones que dan forma a las vidas de cada individuo.

## Bibliografía

- Beaulieu, M. C. (2016). *The sea in the Greek imagination*. University of Pennsylvania Press.
- Boardman, J. (1986). *Los griegos en ultramar: Comercio y expansión colonial antes de la era clásica*. Alianza.
- Bonnemaison, J. (2000). *La géographie culturelle*. CTHS.
- Cantero, P. A. (2009). La ambigüedad de las aguas: paisajes metafóricos y realidad sentida. *Anduli: Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, (8), 217–228.
- Chevalier, J., y Gheerbrant, A. (2009). *Diccionario de símbolos* (M. Silvar y A. Rodríguez, Trads.). Herder.
- Collobert, C. (1996). La métaphore de la nature chez Homère. *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 186(1), 23–29.
- Cosgrove, D. (1998). *Social formation and symbolic landscape*. The University of Wisconsin Press.
- Feeney, D. (2014). First similes in epic. *Transactions of the American Philological Association*, 144(2), 189–228.
- Fenno, J. (2005). “A great wave against the stream”: Water imagery in Iliadic battle scenes. *American Journal of Philology*, 126(4), 475–504.
- Gallou, C. (2003). *The cult of the dead in central Greece during the Mycenaean period* [Disertación doctoral]. University of Nottingham. <https://eprints.nottingham.ac.uk/11184/>
- Giménez, G. (1999). Territorio, cultura e identidades: la región socio-cultural. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 5(9), 25–57.
- González, G. (2010). *Una aproximación crítica a los sentidos de la muerte en la literatura griega arcaica* [Tesis de maestría inédita]. Universidad de Costa Rica.
- Greene, W. C. (1914). The sea in the Greek poets. *The North American Review*, 199(700), 427–443.

- Janni, P. (1996). *Il mare degli antichi*. Edizioni Dedalo.
- Johnson, M. (2004). *Metáforas de la vida cotidiana*. Ediciones Cátedra.
- Kwiatkowska, T., Issa, J., y Piñón, F. (2001). *Mundo antiguo y naturaleza*. Editorial Plaza y Valdés.
- Lakoff, G. (1990). The invariance hypothesis: Is abstract reason based on image schemata? *Cognitive Linguistics*, 1(1), 39–74.
- Lavrenova, O. (2021). El paisaje cultural como un reflejo de la teoría cognitiva de la metáfora. *DeSignis*, (35), 101–111.
- Lesky, A. (1947). *Thalatta. Der Weg der Griechen zum Meer*. Rudolf M. Rohrer.
- Martínez-Pinna, J. (1993). *El pueblo etrusco*. Akal.
- Monro, D. B. y Allen, T. W. (Eds). (1920a). *Homeri opera: Vol. 1. Iliadis libros I–XII* (3ª ed.). Oxford University Press. (Obra original publicada ca. VIII a.C.)
- Monro, D. B. y Allen, T. W. (Eds). (1920b). *Homeri opera: Vol. 2. Iliadis libros XIII–XXIV* (3ª ed.). Oxford University Press. (Obra original publicada ca. VIII a.C.)
- Moulton, C. (1979). Homeric metaphor. *Classical Philology*, 74(4), 279–293.
- Parry, M. (1933). The traditional metaphor in Homer. *Classical Philology*, 28(1), 30–43.
- Péron, J. (1974). *Les images maritimes de Pindare*. Les Belles Lettres.
- Purves, A. (2024). Homer and the simile at sea. *Classical Antiquity*, 43(1), 97–123. <https://doi.org/10.1525/ca.2024.43.1.97>
- Rambo, E. F. (1932). On Homer's similes. *The Classical Journal*, 28(1), 22–31.
- Tuan, Y. F. (2007). *Topofilia: Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Melusina.
- Van Nes, D. (1963). *Die maritime Bildsprache des Aischylos*. Brill.
- Vernant, J. P. (2008). *Los orígenes del pensamiento griego*. Paidós.
- Wilkins, E. G. (1920). A classification of the similes of Homer. *The Classical Weekly*, 13(19), 147–150.